

# Algunas reflexiones para leer diversas narraciones de los niños y adolescentes de y en la calle

*José Luis Cisneros\**

El objetivo honrado de un escritor es  
henchir los corazones de miedo, es decir,  
lo que no debe ser dicho, lo que nadie quiere  
decir, lo que nadie quiere oír.

*Rubén Fonseca*

Las interpretaciones realizadas socialmente respecto de los niños en y de la calle no son una categoría natural sino el resultado de un discurso violento que frecuentemente es utilizado por el Estado y las instituciones de asistencia privada; un discurso que entraña rechazo, exclusión y violencia; que se constituye como la base objetivo-subjetiva en la configuración del imaginario social del menor en y de la calle. En estas líneas presentamos de manera general, algunas reflexiones que conforman la imagen que asignan estas instituciones a la situación del menor, un discurso plagado de violencia que difunde el aparato oficial y experimentan los ciudadanos en sus vivencias cotidianas.

## Presentación

El conocimiento de la problemática de los niños en y de la calle se encuentra tejido por un conjunto de múltiples discursos

\* Profesor-investigador del Departamento de Relaciones Sociales. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. [cijl0637@correo.xoc.uam.mx].

fundadores que nos brindan distintos testimonios descriptivos, los cuales han ido conformando un imaginario social respecto de estos menores que sirve de base para el diseño de las políticas de atención puestas en marcha tanto por el Estado como por las organizaciones no gubernamentales.

Cuando hablamos de discursos fundadores nos referimos a todas aquellas reflexiones, opiniones y crónicas expresadas en los Anales internacionales de criminología, así como en el Órgano oficial de la Liga mexicana de salud mental, en la década de 1950, que crearon una imagen de la realidad del menor y adolescente en y de la calle, que traía implícita una idea de normalidad de la infancia. Estas ideas orientaron la asignación de una adjetivación particular, la cual ha permanecido en el imaginario de la sociedad. Los discursos han sido apropiados casi sin cuestionamiento, por un gran número de estudiosos del tema.

Este artículo está orientado a analizar el proceso de construcción del imaginario social que se tiene del fenómeno del niño y adolescente en y de la calle, puntualizando la visión etnocentrista de los discursos y su impacto en la construcción social de la imagen que la sociedad en su conjunto tiene de este problema social.

Consideramos que los discursos testimoniales de los trabajadores sociales, psicólogos, pedagogos y maestros en educación especial sobre los niños y adolescentes en y de la calle han imposibilitado un acercamiento desprejuiciado y descentralizado, ya que cada intérprete ha ido acomodando la visión del mundo narrado (y la misma selección de lo que se narra) a sus propios criterios de valoración.

Nuestra hipótesis se centra en el hecho de que este discurso ha configurado una imagen de este fenómeno social, con el cual las instituciones, tanto públicas como privadas, han logrado, por un lado, un mercado de beneficio social que tras su máscara pretende ocultar el poder, la exclusión y el control, que siguen influyendo en todos aquellos que pretenden abordar el problema como si el suplicio fuera la única matriz de realidad, sin pensar en lo que está detrás.

La base de la conformación de esas imágenes se encuentra anclada en dos dicotomías: en la primera encontramos la noción de beneficio social y discurso político. La segunda está estructurada por los conceptos de normalidad y diferencia. Desde luego, estos juicios no son nuevos ni novedosos, por el contrario, han sido ampliamente desarrollados por teóricos como Michel Foucault, Maffesoli y Canguilhem, entre otros.

Lo anterior nos permite suponer que no existe entre los exploradores y difusores de este discurso ninguna intención de llegar a una solución real, por dos razones, la primera sostenida sobre la base de la imposibilidad para dar respuestas o soluciones reales a un problema cuya complejidad se encuentra anclada a la desigualdad social, la otra estaría dada por la perversa imagen que se posee del problema, la cual tiene una intención política de poder y control.

Desde esta perspectiva de análisis es claro que las referencias actuales al niño y

adolescente en y de la calle, no son juicios contruidos como resultado de la condiciones sociales y económicas de recientes fechas, por el contrario, como hemos mencionado, surgen de construcciones sociales elaboradas desde mediados del siglo pasado, con lo cual intentaremos demostrar cómo estas ideas, a pesar de los cambios radicales por los que ha transcurrido nuestra sociedad en materia de la defensa de los derechos humanos, la democracia y el reconocimiento a la diversidad aún no suponen un cambio de visión respecto del problema.

## El prejuicio cultural

Es común escuchar a muchos estudiosos del tema decir que brindar amor, asistencia y hospedaje, es el único camino para la inclusión de estas minorías sociales. Sin embargo, pensamos que esta es sólo una visión perversa y siniestra de sus relatos, creemos que es sólo una de las múltiples formas de violencia en las que se encuentran atrapados estos menores. De hecho, en las crónicas de estos especialistas acerca de este fenómeno social, siempre aparece la idea romántica del *buen salvaje* cargado de la inocencia que supuestamente caracteriza muchos de estos relatos expresados en el discurso cotidiano, tanto de los medios masivos de comunicación como de las reflexiones aportadas por estos científicos sociales.

Sin embargo, el realismo crudo que subyace tras las ideas de cada grupo disciplinario, institucional o político, se encuentra constituido por un cúmulo de experiencias vividas y compartidas por la idea de una realidad y de normalidad. Estas ideas se encuentran orientadas por sus esquemas de acción y sus formas de ver, sentir y vivir su entorno. Es la realidad de un mundo en el que existen otros tantos posibles, como ideas de un mismo pensamiento que interactúan en una pugna de poder, e implican diferentes representaciones e interpretaciones de lo real, siempre guiadas por la voluntad de una verdad. Son la expresión de una idea de resignación ideológica, cuyo fenómeno social se encuentra cargado de múltiples deformaciones discursivas que producen determinadas significaciones.

De hecho, esta resignación ideológica se constituye como la resultante de privilegiar el punto de vista de todos aquellos que vivieron en carne propia el desmesurado dogmatismo del discurso, anclado en la remembranza de sus testimonios y sus impresiones, las cuales contribuyen en buena medida a reciclar el imaginario social de este problema. Ello implica que el punto de partida en la construcción de la visión que se tiene de estos menores, de sus caracterizaciones, valoraciones y percepciones, siempre parte de aquellas crónicas o relatos en las que figura un hombre gigantesco, que da lugar a las efímeras leyendas de estos menores.

Muchas de estas crónicas nos ofrecen una lectura de la realidad, que además de

ser repetida hasta el infinito, da origen a uno de los tantos malentendidos relacionados con este problema social, o para utilizar un término más adecuado, una representación o interpretación.

La identificación sensorial e imaginaria de este fenómeno de los menores y adolescentes en y de la calle se encuentra en función de las posibles interpretaciones en un determinado momento de la sociedad. Las imágenes mostradas cotidianamente en los medios de comunicación masiva, muestran a estos menores como sujetos llenos de feroz alegría, dedicando su tiempo al dispendio, a la vagancia, al trabajo mal remunerado, al sin sentido, siempre en grupos y ligados a las drogas. Seres desnudos de amor que dibujan las calles de la ciudad con una destreza salvaje, siempre mostrando el sucio color negruzco de sus cuerpos flácidos en los que se oculta un innoble conjunto de facciones horribles dignas de salvar.

Esta representación o percepción del menor da lugar de manera reiterativa a categorizaciones y significaciones conceptuales de su entorno social, el cual sirve de base para la construcción de un discurso social que produce y reproduce la representación conceptual y valorativa del menor. Se trata de una subrogación que expresa una concepción moralista en la que el menor es visto como salvaje e inculto. Desde luego esta visión no es nueva, más bien forma parte del contexto ideológico y cultural del siglo XIX en el que se transita de la caridad a la beneficencia.<sup>1</sup>

La imagen del menor es expresada por la feroz alegría de vivir su vida y la destreza salvaje de su desplazamiento en las calles de nuestra ciudad, el color oscuro de sus rostros, son en conjunto facciones horribles e inmorales que incomodan el ideal de la niñez que la sociedad espera de ellos.

Las imágenes de estos menores mostradas cotidianamente se cargan de aspectos indeseables y extraños: *desnudos, salvajes, negruzcos, incultos, horribles*, las cuales están organizadas alrededor de esta idea de lo primitivo y lo salvaje, que aparece marcado en el imaginario. Sin embargo, estas imágenes nada tienen que ver con el salvajismo ni con la desnudez del alma o con el color de sus rostros, más bien es el resultado de la expresión de una incapacidad para distinguir entre lo otro y lo bárbaro, que a fin de cuentas los une en uno mismo. Son imágenes que rompen con el ideal de niñez y adolescencia, que acentúan lo anómico y los aleja del ideal constituido, el cual debe ser reformado y conducido por el andamiaje institucional. De hecho, esta concepción

<sup>1</sup> Es importante aclarar que esta visión no nace en el siglo XIX, se encuentra presente en nuestra sociedad desde el siglo XVI cuando Vasco de Quiroga funda en 1531 la primera casa para niños huérfanos y un asilo para alojar a niños abandonados fundada por don Pedro López. Posteriormente, en el siglo XVIII, se crea la Casa de niños expósitos de la Ciudad de México, fundada bajo el ideal cristiano de caridad y con el propósito de salvar la vida y proteger y educar al niño para convertirlo en un ser útil a la sociedad. Si bien la piedad y la misericordia funcionaron como elementos de motivación para el establecimiento de la Casa, estas ideas fueron desplazadas por el ideal de la ilustración, mediante el cual el niño con el tiempo lograría su integración a la sociedad (Martínez, 1993:55).

parte del supuesto de que lo desviado es corregible y se puede readaptar, son pues dos constantes que aparecen en la construcción social de un imaginario sostenido por un discurso político que se esfuerza por llevar a cabo políticas para hacer frente al desafío de producir alguna clase de integración social con la finalidad de convertirlos en ciudadanos de la normalidad (Chernilo, 1999:72).

Sin embargo, muchas de estas crónicas, no son otra cosa más que un pormenorizado recuento del evidente desprecio que la sociedad siente por ellos, aun antes de conocerlos y que los continuará despreciando aún después de haberlos conocido. La sociedad se vale de un discurso oficial que muestra a un grupo de sujetos generosos, hospitalarios, carentes de agresividad, plagados de alegría y de una profunda religiosidad salvadora.

Las imágenes discursivas de estas crónicas siempre nos incitan a valorar ciertos rasgos, que tratan de ser descritos con minuciosidad. Se trata siempre de la imagen de una horda con la cual es posible convivir, imágenes que expresan las desdichas de su naturaleza social, lo cual nos habla del uso de preconceptos cuyo valor particular se encuentra ligado a determinadas creencias que en el fondo reivindican el uso político de las diferencias entre los grupos.

Son imágenes en las que muchas veces se reconocen los rasgos de astucia, ingenio y destreza, sin embargo, estas características son las que asustan al Estado, a la sociedad en su conjunto, son características despreciadas justamente por el marco de autonomía en el que se desarrollan.

Esta imagen discursiva y deformada nos expresa un racismo, que alimenta el prejuicio y la ignorancia sobre el reconocimiento de las tensiones sociales, las razones económicas y el horror a la diferencia entre grupos humanos. Estas deformaciones en la percepción de la imagen de los sujetos son un elemento central para entender la configuración del imaginario que estamos abordando.

De hecho, la oposición entre grupos culturales siempre ha estado marcada por el reino de las continuidades, del desconocimiento institucionalizado, contenido en la falta de comprensión de las biografías de los sujetos y de los agregados sociales a un grado tal que en nuestra sociedad se nos educa para despreciar todo aquello que es distinto por el simple hecho de serlo.

La cotidianidad de la experiencia común y la gramática encadenada de significaciones, imágenes, actos y conductas de éstos menores contribuyen a la reproducción del sentido social que se construye de estos. Se trata de una imagen constituida mecánicamente por las rutinas diarias de la homogeneidad. De ahí que a la mayoría de la gente no le guste vivir con gente distinta, mucho menos cuando se trata de estos menores de quienes siempre se desconfía por sus costumbres, por su manera de hablar, la cual asusta. En términos generales la gente quisiera que todos fueran iguales,

que los demás se olvidaran de sus costumbres, simplemente porque son menores que provocan rupturas con la cotidianidad y ponen en entredicho el consenso tácito, mostrando desobediencia.

Los retratos de estos menores están plagados de personajes comunes y marginales llenos de complejidad y conscientes de su marginalidad. Conciencia que se traduce en la elaboración de un discurso crítico de las diversas manifestaciones de la existencia en las sociedades, las cuales anulan cualquier forma de expresión de la individualidad.

Se trata de una actitud crítica que se manifiesta de manera implícita en un temor difícil de identificar por la narración del orden moral, que perturba y alarma al hombre en sociedad, no por su existencia en sí, sino por su particular inteligencia, llamada por los griegos *metis*, es la inteligencia del tejedor, del carpintero, es la maestría del navegante, es el sentido político, es la malicia de Ulises, es la astucia del zorro, es la habilidad del pulpo, se trata de una inteligencia práctica con la cual se sabe sortear cualquier obstáculo, es pues una astucia adaptada y eficiente. Es una inteligencia compleja, previsor, zagas, flexible y vigilante, que se nutre de la experiencia y de las realidades fugaces, desconcertantes y ambiguas que no tienen una medida precisa ni rigurosa (Antaki, 2000:27).

En el menor de y en la calle, la *metis* siempre está presente, estos menores siempre están dispuestos a la huída, son rápidos mas no impulsivos, pues siempre esperan la ocasión precisa para saltar, eso los hace ser previsores; son menores cuya mente nunca duerme y se caracterizan por ciertas cualidades tales como la agilidad, la rapidez y la movilidad, en contrapartida, otras de sus cualidades son el disimulo, el silencio, la inmovilidad y la absoluta vigilancia, estas últimas características de la experiencia en el mundo animal (Antaki, 2000:28). Entre sus cualidades intelectuales están la perspicacia y la prontitud para oponerse a la fuerza bruta. Son menores que siempre se encuentran en el mundo de la apariencia, su vocabulario está asociado a ciertas técnicas como tramar, tensor, tejer, son oblicuos, tortuosos y ambiguos por oposición a lo derecho, a lo directo, a lo rígido, a lo unívoco. Poseen el ingenio del comerciante y del banquero, porque el menor de la calle hace dinero con nada, son menores que no se confunden con su inconsciente, ellos son amos de sí mismos, esto quizá es lo que tanto atemoriza al Estado (Antaki, 2000:29).

## Los sesgos ideológicos

Detrás de la ignorancia respecto de este fenómeno y de la desvalorización, aparecen las razones económicas, pues el desprecio a un grupo es siempre generado por un consenso, necesario para segregar a un grupo e incorporarlo a la gobiante monotonía

de la desoladora cotidianidad en una metrópoli como la nuestra.

Es innegable que el impulso salvador del discurso expansivo manejado por las instituciones dedicadas a la atención de estos menores, choca con una cultura cuyo estilo de vida es distinto al instalado en un escenario que pretenden apropiarse. Para ello, el discurso marca lo diferente como inferior y se declara con la posibilidad de reinar sobre ese mundo "horrendo", "deplorable" y "salvaje" en que viven estos menores.

El aspecto es lamentable, a causa de la mugre que recubre sus horrendos rostros enmarañados y ásperos cabellos, de voces discordantes y violentas gesticulaciones. Afirman la imagen degradada del hombre en un estado de inferioridad. A partir de imágenes discursos y relatos, el menor sufre un proceso de enmascaramiento de su realidad, pues no se le mira cara a cara, sino a través de un lente deformado por el racismo que condicionó su imagen. Estamos pues, frente a la impresión subjetiva de las crónicas de aquellos hombres "civilizados" que califican de "bárbaro" a todo aquello que no se ajusta a sus códigos.

Es así como gracias a innumerables imágenes y relatos de estos menores se ha forjando un imaginario en el que el menor ha llegado a ser considerado como un hermoso salvaje domesticable. De ahí que el heroico espíritu de la aventura salvadora del menor se haya convertido en una ficción de su propia historia que se vuelca sobre aquella fantasía que oculta lo humano de estos sujetos en comparación con otras imágenes que se difunden de la niñez.

En este sentido podemos entender la dificultad para explicar y comprender la situación del menor, la cual se ha ido haciendo cada vez más compleja por dos razones; la primera obedece a las imágenes difundidas en los circuitos de la cultura urbana. La segunda estaría dada por la lógica de ganancia y beneficio social y las expansiones económicas, al insertar sus esquemas productivos en la interpretación de un problema social del cual, tanto las organizaciones no gubernamentales, como las instituciones del Estado obtienen un beneficio social.

## **La historia del mal entendido**

El discurso del menor en y de la calle, se encuentra estructurado en torno a la imagen de un punto de vista distorsionado que produce morbo, resultado de la cultura de masas, que busca difundir imágenes en la crónica amarillista anclada al icono de la vida real. El morbo que alimenta una sed insaciable en el ámbito popular está caracterizado por la falta de un referente estadístico, el cual es sólo el principio de un mecanismo activo que se encuentra presente en la vida cotidiana de los sujetos de una ciudad, son relatos morbosos que escapan a una sección fija y definida, pues es innegable que todo mundo sabe de este fenómeno pero nadie a ciencia cierta

puede o quiere definirlo.

Se trata de un fenómeno social leído desde el morbo (del latín *morbus*, que significa enfermedad), el cual se define desde el sentido de posesión de una bestia, de algo o de alguien que oculta una doble personalidad, es sin duda, la esencia del alma humana que cosquillea en nuestras pasiones inconfesables.

La visión difundida de estos personajes provoca una sensación que recorre la espina dorsal ante la contemplación de algo obscuro o prohibido, por eso nos llama tanto la atención la crueldad infantil, pero se va convirtiendo en un morbo placentero, manoseado por las imágenes transmitidas en los medios de comunicación y sostenidas por un discurso que se transforma en un icono de lo prohibido, es decir, del menor y adolescente en y de la calle. Es una afección que se encuentra anclada en la mente de un torturador, el Estado, el cual nos proyecta y nos induce cotidianamente a observar lo que está vedado, lo que indigna a la moral de la sociedad. Es un discurso influenciado por lo violento y lo escabroso, que refleja una realidad que supera toda ficción pues día con día, los diarios de circulación nacional, los programas de radio y televisión, muestran la violencia pública y el terror, conjugados en los escritos y en la filmación de escenas en donde aparecen estos menores.

Es la historia de un malentendido atrapada en la ignorancia de una sociedad que día con día muestra a estos menores como algo no deseado, son imágenes que proyectan un mundo de miedo permanente a la naturaleza, a los animales y a los hombres cuando no se tiene una explicación real del fenómeno.

En este contexto, el menor es retratado por el discurso cotidiano desde el umbral de la muerte, de la deformación, de la enfermedad, de lo prohibido, de lo monstruoso. Es la historia de la humanidad caracterizada por las deformaciones físicas y las deformidades del alma.

En un tiempo se exhibía a los enanos, a las mujeres barbudas, a los fetos contrahechos, etcétera, en torno de estas exhibiciones la gente se aglutinaba para observar a todo aquel que era diferente. Son escenas truculentas caracterizadas por el morbo que pone énfasis en la diferencia cuya esencia mediática y universal es la tragedia de los demás (Foucault, 1999:49-53).

La tragedia culmina cuando el espectador logra lamentarse y llorar frente a estas imágenes, el caso típico son los programas de televisión de *Laura en América*, *Todo en familia* o *Cristina*, donde lo importante a fin de cuentas es montar un circo para atrapar al público, es decir, comerciar con la desgracia convertida en un tema de competencia sensacionalista.

Los menores de y en la calle no son ajenos a esta perspectiva, pues ellos también se encuentran en este escaparate por razones de mercantilismo autoritario y rentabilidad, sin embargo, todos somos parte del mismo espectáculo.

En este sentido, se pueden destacar dos perspectivas distintas pero complementarias

de estos menores: por un lado, el abandono y la precariedad, por el otro, la violencia instituida desde el discurso para con estos menores. Una violencia del Estado por lo prohibido, una violencia que no ofrece contrapartida en los servicios otorgados, pues no actúa para reducir las desigualdades sociales y para generar la participación de una sociedad igualitaria.

Una violencia estructural caracterizada por la miseria, por las condiciones infra-humanas de supervivencia de la mayoría de la población, violencia practicada por los grupos dominantes, por la corrupción y por los crímenes. Una violencia atribuida a la mujer, a los niños, a las razas, a la práctica de credos, contra los homosexuales, etcétera. Es una violencia disciplinaria y simbólica anclada en los procesos educativos, en las ideologías y en los programas desarrollistas y sus modelos de pensamiento, que es imputada a estos menores como consecuencia de las condiciones de miseria, son los denominados crímenes de la calle, en los cuales no solamente se inscribe el menor de y en la calle, junto a él aparecen los asaltos, los robos y los homicidios.

## **La historia social de la imaginación moral**

Existen cientos de escritos desde diferentes perspectivas disciplinarias, no obstante los psicólogos, los trabajadores sociales, pedagogos y maestros en educación especial, siguen abordando el problema desde una perspectiva sesgada. Desde luego, esta perspectiva desde la cual configuran el problema de los menores de y en la calle, tiene su origen en una imagen elaborada por el discurso oficial, cuya intención tiene como propósito mostrarnos de manera particular que en estos menores no existe propiamente ni el crimen ni el delito, sobre todo cuando el individuo se encuentra en un estado de orfandad total, de mendicidad moral. Sin embargo, la pericia de este discurso va más allá, al grado de ocultar una visión dicotómica entre enfermedad y responsabilidad, entre causalidad patológica y libertad del sujeto, entre terapia y castigo, entre penalidad y medicina, entre privación hospitalaria y privación de la libertad. Ello implica la forzosa elección de alguna de estas dicotomías para poder comprender cómo es que la mendicidad puede ser capaz de borrar cualquier acto de crimen, sobre todo cuando a muchos nos queda claro que el crimen no es por sí mismo un acto que se arraigue en el menor, lo que sucede es la puesta en escena del sentido otorgado a la patología, lo que permite mostrar en el discurso la desaparición de la criminalidad de acuerdo con la ley (Foucault, 1999:27-29).

El entramado da pie a las instituciones de asistencia maquilladas de programas educativos, las cuales aparecen como relevo de las instituciones jurídicas, por una simple razón, la justicia no puede aplicarse como un acto de acción al castigo de la diferencia, más bien una acción pedagógica, desde el momento mismo en que

reconocen al menor como tal.

Este es el principio de la puesta en marcha de una libertad, en el sentido jurídico de la expresión, cuya sanción correctiva contra el individuo se aplica hasta generar una gran sanción jurídica que es la muerte, la cual se constituye por la vía de múltiples prácticas institucionalizadas de lo represivo y lo punitivo, que se alimentan discursivamente de la práctica fundamental, de la pericia del Estado. En suma, la sociedad responde frente a un problema de esta naturaleza de dos modos, o mejor dicho, propone una respuesta homogénea con dos polos: uno expiatorio y el otro terapéutico; sin embargo, los dos son los extremos de una misma red continua de instituciones, cuya función, en el fondo, es poner freno a la libertad y no propiamente a la enfermedad. En conjunto, estas instituciones se dirigen al individuo catalogado como peligroso, ni propiamente enfermo ni propiamente criminal (Foucault, 2000:30-31).

Para ello, el Estado se vale de un discurso de “expertos” que se encargan de diagnosticar al individuo, lo interrogan y lo exploran con sus análisis para finalmente encajonarlo en uno de los múltiples rangos de lo peligroso, una peligrosidad relacionada con la orfandad total. De esta manera, tenemos dos nociones que se enfrentan y de las que podrá advertirse que son muy cercanas y vecinas una de la otra. En ellas se expresa, por un lado, la perversión de los conceptos de lo jurídico, por el otro, la noción de peligro, el cual permite justificar y fundar en teoría la existencia de una cadena interrumpida de instituciones tanto del Estado como de la asistencia privada (Foucault, 2000:42).

Tenemos entonces que, peligro y perversión, son conceptos que se constituyen en el núcleo de la esencia teórica de las pericias discursivas del Estado, ello nos permite explicar la existencia y el mantenimiento de la concepción que tienen de este fenómeno a partir de este núcleo teórico constituido por la perversión y el peligro, de manera tal que la unión de estos dos conceptos sólo puede llevarse a cabo por la reactivación de un discurso esencialmente parento-juvenil o parento-infantil, diálogo moralizador del padre al hijo necesariamente expresado de forma maternal que no sólo se organiza desde el campo de la anormalidad sino también desde la perspectiva del peligro social, vale entonces decir que es un discurso del miedo, cuya función es detectarlo y oponerse a él, un discurso moralizador, cuya organización epistemológica está gobernada por el temor y la moralización (Foucault, 2000:42-43).

En este sentido, los servicios institucionales dirigidos a estos menores están encargados de decir cuál es la evolución de este menor durante su estancia, esto no es otra cosa más que un caudal de perversidad y del nivel de peligro que aún representan en determinado momento, dándose por entendido que si se llega a un nivel de suficiente docilidad, domesticación y adaptabilidad el individuo se encontrará condicionado para operar en la lógica práctica de un mundo regular, o por decirlo así, anclado a la categoría de la normalidad, de manera tal que los juicios de estos expertos se consti-

tuyen en una esperanza de que no habrá una ruptura en la cotidianidad de nuestra sociedad por estos niños y jóvenes.

Las instituciones dedicadas a la atención de los mismos operan bajo la lógica de la exclusión, como una práctica social que implica, en principio, una rigurosa puesta a distancia, una regla de no contacto entre un individuo y otro, se trata de llevar a estos menores a un mundo ajeno y confuso atrapado fuera de las redes de la lógica de la ciudad, es decir, más allá de los límites de la comunidad. Esta exclusión implica la descalificación –tal vez no moral– en todo caso jurídica y política; se trata de prácticas de rechazo y de marginación, pues esa es la forma en que se ejerce poder sobre estos menores.

Las imágenes cotidianas difundidas de estos menores describen los efectos y mecanismos de poder que se ejercen sobre ellos; expresados como exclusión, descalificación, exilio, rechazo, privación, negación, desconocimiento y todo un arsenal de conceptos y mecanismos de supresión (Foucault, 2000:51).

La expresión de las imágenes de estos menores es difundida por un discurso cuyo poder no obra por eliminación sino más bien por inclusión rigurosa y analítica de todos aquellos sujetos catalogados como diferentes, son el reflejo de un poder que no actúa por la separación en grandes masas confusas, sino por distribución, según las individualidades diferenciales. Un poder que no está ligado al desconocimiento, por el contrario, se encuentra íntimamente configurado por toda una serie de mecanismos que aseguran la formación, la inversión, la acumulación, la reproducción y el control, mediante el acrecentamiento del saber.

En definitiva, se trata de un poder transferido a instituciones diferentes en cuanto a la forma pero iguales en el fondo, son corporaciones históricamente fecundas que hacen referencia a un proceso general de normalización social, política y técnica que logran efectos en los ámbitos de la educación, de la organización y de la producción, cuyo fin es apuntalar la idea de la normalidad mediante la norma, la cual no se define en lo absoluto como una ley natural sino más bien por su papel de exigencia y coerción, el cual es capaz de hacerse ejercer en los ámbitos en los que se aplica. Por ello, la representación social construida por las imágenes de estos menores, se constituye en un parámetro de normalidad en el imaginario social, opera como una norma que porta pretensiones de poder, ésta conlleva un principio de calificación y de corrección, pues su función no es excluir o rechazar, al contrario, siempre está ligada a una técnica positiva de intervención y transformación (Foucault, 2000:57).

## **Comentarios finales**

La historia de estos menores es la historia de la inclusión y la exclusión, es la historia de la oposición discursiva entre valores y antivalores, los cuales se han constituido desde tiempo atrás como ejes temáticos que sustentan crónicas y relatos que dibujan cotidianamente la imagen de los menores en y de la calle.

Son la expresión de un perverso sentido en el que los conceptos han impedido el reconocimiento del otro. Por ello es que todos aquellos que deciden ser los salvadores del niño han fallado, simplemente porque se aventuran a explorar una realidad que es vista desde el poder, como control y exclusión.

Esto implica el desconocimiento cultural resultante de esta mirada, caracterizada por un lenguaje simbólico que desestima la marginación y la heterogeneidad de los grupos sociales.

Por su parte, los discursos oficiales han girado siempre en torno de su propia posición y la de los otros que la observan desde afuera. Este quizá sea uno de los problemas centrales a resolver, pues según desde dónde se mire el problema sin duda sus efectos podrán ser mayores, lo que implica que los diversos discursos respecto de estos menores necesitan ser pensados desde la diferencia y desde la identidad, requieren de una ubicación fronteriza, no sólo en el ámbito geopolítico para su administración y control, sino respecto de aquellos que comercian con el problema mismo.

Se hace entonces necesario revisar aquellos discursos que se han ido construyendo en torno del problema, pues es evidente que en cada crónica parece estar presente la misma imagen morbosa y prostituida del menor. Desde luego la tarea no es sencilla pues la mayoría de las veces el referente se escurre y se vuelve imposible de corroborar, rompiendo el equilibrio entre realidad, imaginación y fantasía, tal y como aparece en los discursos que hemos denominado "fundadores". De ahí la importancia de una revisión cuidadosa, pues solo así se podrá lograr un reencuentro con los otros y con nosotros.

Para entender el devenir histórico de este fenómeno social es necesario releer las crónicas y los relatos expresados en el discurso oficial, desde un sentido manifiesto e implícito. En otras palabras, el menor ha sido descrito por visiones particulares de la marginación y la anormalidad, construidas desde las fronteras morales de la soledad. Se trata pues de la mirada de aquellos que piensan desde la exclusión, el control y el dominio, apuntalados desde conceptos puramente extractivos.

## Bibliografía

- Antaki, Ikram (2000), *El manual del ciudadano contemporáneo*, Ariel, México DF.  
Baudrillard, Jean (1993), *El intercambio simbólico y la muerte*, Monte Ávila Latinoamericana, Caracas, Venezuela.

- Beloff, Mary Ana (1994), *De los delitos y de la infancia*, Nueva Sociedad, núm. 129, Texto, Caracas, Venezuela.
- Chernilo Steiner, Daniel (1999), "Integración y diferencia. La teoría de los medios simbólicamente generalizados como programa progresivo de investigación", *Cinta de Moebio*, núm. 6, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.
- Foucault, Michel (2000), *Los anormales*, FCE, Buenos Aires, Argentina.
- Martínez, Barbosa Xóchitl (1993), "La casa de niños expósitos", *La atención materno infantil. Apuntes para su historia*, SSA, México.
- Rodríguez Breitman, Miriam (1994), "La construcción social de la infancia delincuente", *Nueva Sociedad*, núm. 129, Texto, Caracas, Venezuela.
- Verde, Alfredo (1997), "Violencia y crisis de identidad", *Políticas sociales en Europa*, núm. 1, Hacer, Barcelona, España.
- Villamil Uriarte, Raúl R. (1996), *El imperio de lo siniestro o la máquina social de la locura*, UAM-Xochimilco, México DF.